

PRECIO EN MADRID.

Le mismo en la Administración que en las librerías.

Por tres meses 6 reales.
Por un año 24 "

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes

Administración y Redacción, Sevilla, 14, pral.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al ADMINISTRADOR DE GIL BLAS.

Director: **LUIS RIVERA.**



PRECIO EN PROVINCIAS

Por tres meses en la Admon. 8 reales.
Por un año 30 "
EXTRANJERO.—Por tres meses 16 "
ULTRAMAR.—Un año 4 pesos.

Se publica todos los domingos.

Número suelto, **DOS cuartos en toda España.**

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más

Dibujante: **JOSE LUIS PELLICER**

Crónica.

Las dos grandes profecías son las siguientes: que va a venir el rey D. Alfonso; que va a venir el fin del mundo.

Lo uno y lo otro lo aseguran personas graves, que toman rapé y hasta llevan anteojos.

¿Cuál de las dos cosas va a suceder primero?

Aquí se dividen las opiniones de los sabios.

Un ingenioso autor, deseando conciliarlo todo, presenta la siguiente fórmula: «Los reyes de España fueron monarcas en ambos mundos; perdieron el Nuevo, y se quedaron reinando en el viejo. Si don Alfonso no llega a reinar antes que estalle éste, será rey del otro mundo.

Hé aquí una teoría simpática para todos.

Sobre estos dos temas profetizados giran todas las conversaciones; de manera que estos días todo es pura conversación.

La prensa enlaza con los sucesos más graves ciertas reuniones celebradas entre la señora condesa de Scláfi y la señora condesa del Montijo.

¿Pero cuál es el suceso más grave para la prensa, la restauración alfonsina ó el fin del mundo? No hemos podido averiguarlo.

Cuando habla de los empleos, se nos figura que la inspira el miedo a la desaparición del globo.

Cuando trata de la libertad, parece que alude a la restauración.

Un periódico alfonsino hablaba con pavor días pasados de confabulaciones entre Pl, Castelar y Orense, como amenazadoras y preñadas de males.

¿Pero si va a venir D. Alfonso ó se ha de acabar el mundo, por qué se conmueven?

Con haber ido Olózaga a San Sebastián a ver al rey, y Martos a ver a Olózaga, y D. Alfonso a su madre, y Ruiz Zorrilla a la reina, han estado viendo visiones los que expenden noticias de pacotilla.

¿Qué de columnas de periódicos se llenan a expensas de los que van y vienen! Toda traslación de personas notables es materia de aspavientos, que, en resumen, podrían formularse de este modo:

—La reina ha llegado a Madrid. ¡Decid ahora que no hay crisis!

—El Sr. Martos ha salido hacia el Norte... Si va al Norte de Europa, es para traernos el imperio del czar; si va a la América del Norte, es que conspira contra la monarquía.

—Cialdini viene... ¡La patria está vendida!

—Castelar va a la Granja... ¡Traición, traición!

Y, según parece, este es un medio de allanar el camino a los Borbones.

Podría ser. Cuando la prensa estaba amordazada, los echamos; si ahora que lo dice todo vuelven, ya sabemos el medio de echarlos otra vez.

El entusiasmo por D. Amadeo sigue en el mismo grado de exaltación que el día de su partida. En todas partes recibe igual acogida.

Los que han sido testigos de sus paseos por Madrid, pueden echar la cuenta de que le han visto en todas partes.

Las famosas Huelgas de Burgos cayeron en las simas del olvido, desbancadas por las huelgas de Málaga.

Los conservadores en sus periódicos han publicado una lista numerosa de los atropellos que debían cometer los huelguistas; de los incendios que debían perpetrar; de la sangre que debían verter; pero los huelguistas han faltado a todos esos deberes.

Las huelgas han sido insípidas, incruentas... como misas.

Ahora la que priva es la actitud de los conservadores en vista de las elecciones.

Sobre atropellos del gobierno dan los sagastinos dos millones de noticias.

Sobre los dos millones sagastinos, ¡ni una noticia siquiera!

Roberto Robert

A UN CLÉRIGO.

Me he enterado, Señor mío (porque esta maldita prensa todo lo cuenta y todo lo charla), me he enterado, digo, de que Vd. es un ilustrado sacerdote, que se ha visto precisado a recibir de limosna camisas y demás ropa interior de que carecía.

Mi sentimiento ha sido tal, que he llegado a dudar si sería ó no lícito a la prensa decir cosas de esas que le entristecen y acongojan a uno de tal manera.

Porque hasta ahora yo no había creído en esas penalidades y miserias que se dice experimentaron Esopo, Homero, Cervantes y aun el mismo Jesucristo; yo creía que eso eran fábulas, inventadas para excitar la compasión; pero en cuanto he sabido que Vd., sacerdote, y además ilustrado, ha llegado a no tener camisa que ponerse, me he entristecido, y he llegado a temer por mi porvenir, si acaso me está también reservado el ser persona de ilustración.

Y vea Vd.; yo que había deseado tanto llegar a ser persona ilustrada, ahora le tengo a eso un miedo que no es para explicarlo; porque calculo, en vista de lo que a Vd. le sucede, que los que no tenemos ilustración podemos ganarnos la vida de varios modos, en una tienda de comercio, en una oficina particular, en una imprenta, etc., etc.; pero el infeliz que llega a ser persona ilustrada, ¿qué es de él si el gobierno le retrasa el pago algunos meses?

¿A qué puede dedicarse una persona ilustrada como lo es Vd.? ¿A profesor de escritura? ¿A llevar el libro de caja de una sociedad? ¿A redactar documentos? ¿A despachar una oficina? Claro que a nada de eso puede dedicarse. El hombre ilustrado no puede hacer otra cosa que cobrar del gobierno un sueldo mensual, y el día en que ese sueldo falta, ver por ahí si hay algún alma caritativa que le dé a uno una camisa.

Se me ocurre con este motivo que los gobiernos enemigos de la ilustración deben ser aplaudidos y apoyados por las gentes, puesto que tienden sus ideas a que cada cual viva como pueda y con los mil medios que la falta de ilustración ofrece.

Así es que me ha parecido bien que el periódico que me anuncia la carencia de ropa interior que usted sufre eche la culpa de esa escasez de calzoncillos a este gobierno, amante de la ilustración de las gentes. En cuya acusación encuentro que hallará Vd. un pequeño desahogo a sus penas, porque, amigo, Colón y Homero, que fueron hombres ilustrados y por lo tanto llenos de necesidades, ni siquiera tuvieron el consuelo de poder echar la culpa de su miseria a los gobiernos democráticos.

Me parece que estoy viendo los recursos a que usted habrá apelado, los medios a que habrá recurrido para deshacerse de esa pícaro ilustración, que le estorba el ganarse la vida como nos la ganamos los que estamos sin ilustrar.

¿Cuántos esfuerzos habrá hecho Vd. para dedicarse a algo! ¿Cuánto habrá Vd. revuelto por encontrar un misero jornal ganado sin ilustración! ¿A cuántas gentes habrá Vd. ofrecido sus servicios ilustrados! ¿Cuántos le habrán dicho a Vd.: «¿no es Vd. ilustrado? pues que le mantenga el gobierno!»

De pensarlo solo se agrava mi tristeza, y de pensar que es Vd. sacerdote se aumenta mi pena; por que ¿quién sabe si Vd. precisamente será el clérigo ilustrado que a mí me corresponde pagar con arreglo al actual orden de cosas?

En fin, bueno es escarmentar en cabeza ajena, y yo, en vista de lo que a Vd. le sucede con su cualidad de ilustrado, voy a ver si puedo volverme atrás de esta senda de ilustración en que me he metido, porque la verdad es que, mientras pueda, quiero vivir de mis propias fuerzas y no a expensas de un gobierno que en cuanto se entera de que uno es persona de ilustración le sitia a uno por hambre y no le da ni para un vaso de agua.

¿Por qué no intenta Vd. un esfuerzo igual? Vamos, póngalo Vd. en práctica, y si a pesar de ser Vd. persona ilustrada consigue trabajar y ganar con sus manos el necesario sustento, ¿qué más bofetón quiere Vd. para el gobierno?

Entretanto arrímese Vd. a los no ilustrados, que estos, como no tienen conciencia de sí propios, le darán a Vd., no solo camisas y ropa interior, sino todo lo que Vd. necesite. Por fortuna aun abunda la gente sin ilustrar, y aun pueden Vds. los ilustrados explotar este hermoso filón.

Desea a Vd. menos ilustración y más calcetines su afectísimo servidor

M. Matosen.

RUM... RUM...

Hace unos días que corren por ahí lo que ya hemos convenido en llamar «rumores de próximos trastornos.»

De modo que los españoles no nos podemos quejar. Tenemos nuestro clero sublevado, nuestros presupuestos sin nivelar y nuestros rumorcitos de próximos trastornos, que da gozo oírlos... y verlos.

REVISTA DEL MES DE JULIO.



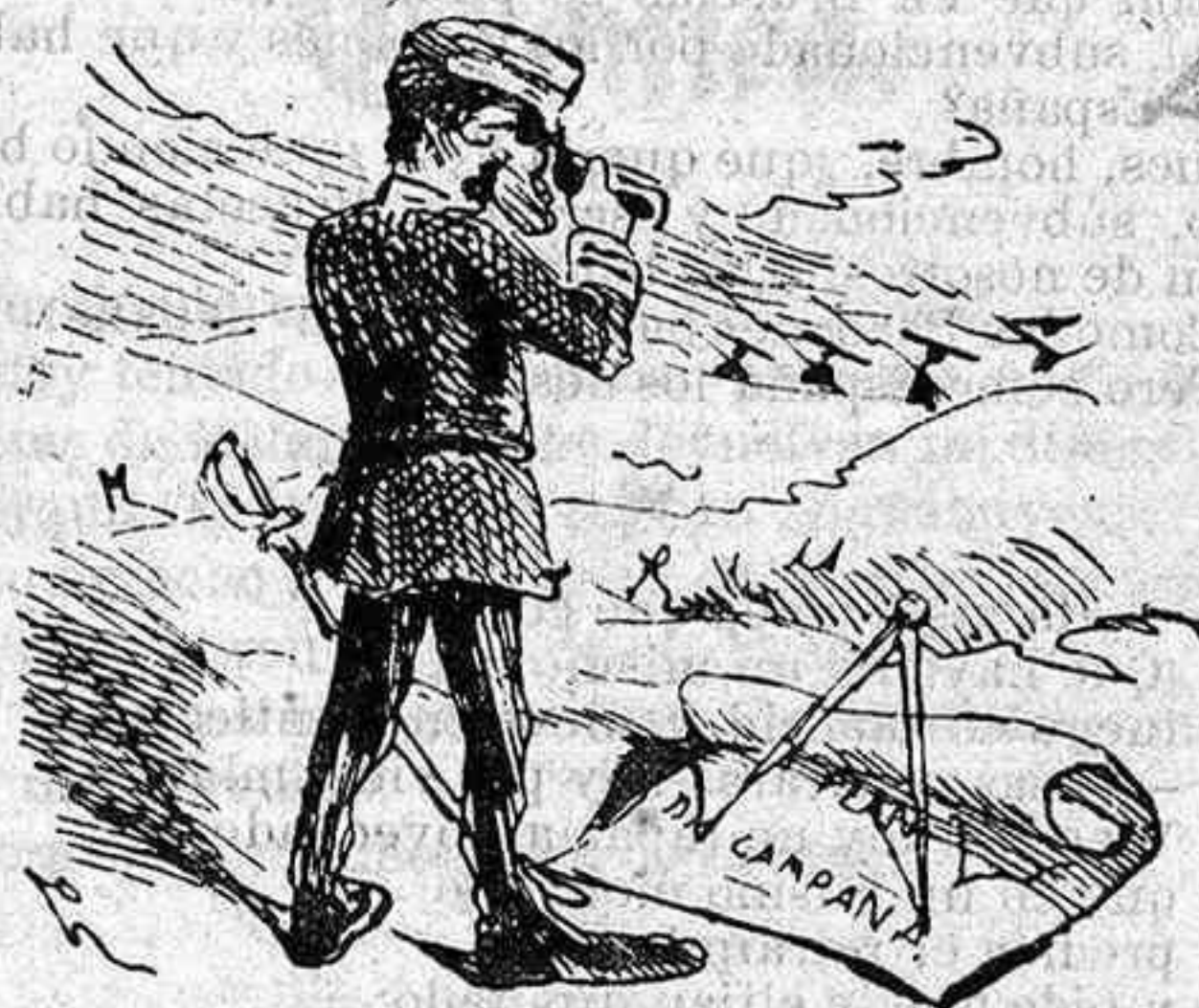
Los carlistas prosiguieron la pacífica tarea de demostrar que son católico-monárquicos.



Apareció el tercer manifiesto conservador.



A [pesar de la circular del gobierno el calor fué insoportable.



Baldrich demostró que hay mucha diferencia entre mandar partidas y perseguirlas.



Los conservadores, no pudiendo tomar otra cosa, se fueron a tomar aguas.



Segun La Epoca, diario alfonsino-mezcla, lo de la calle del Arenal es consecuencia de la propaganda de ciertas doctrinas.



En la manifestacion celebrada en Madrid al dia siguiente del atentado, Gil Blas no vió á ningun cura.



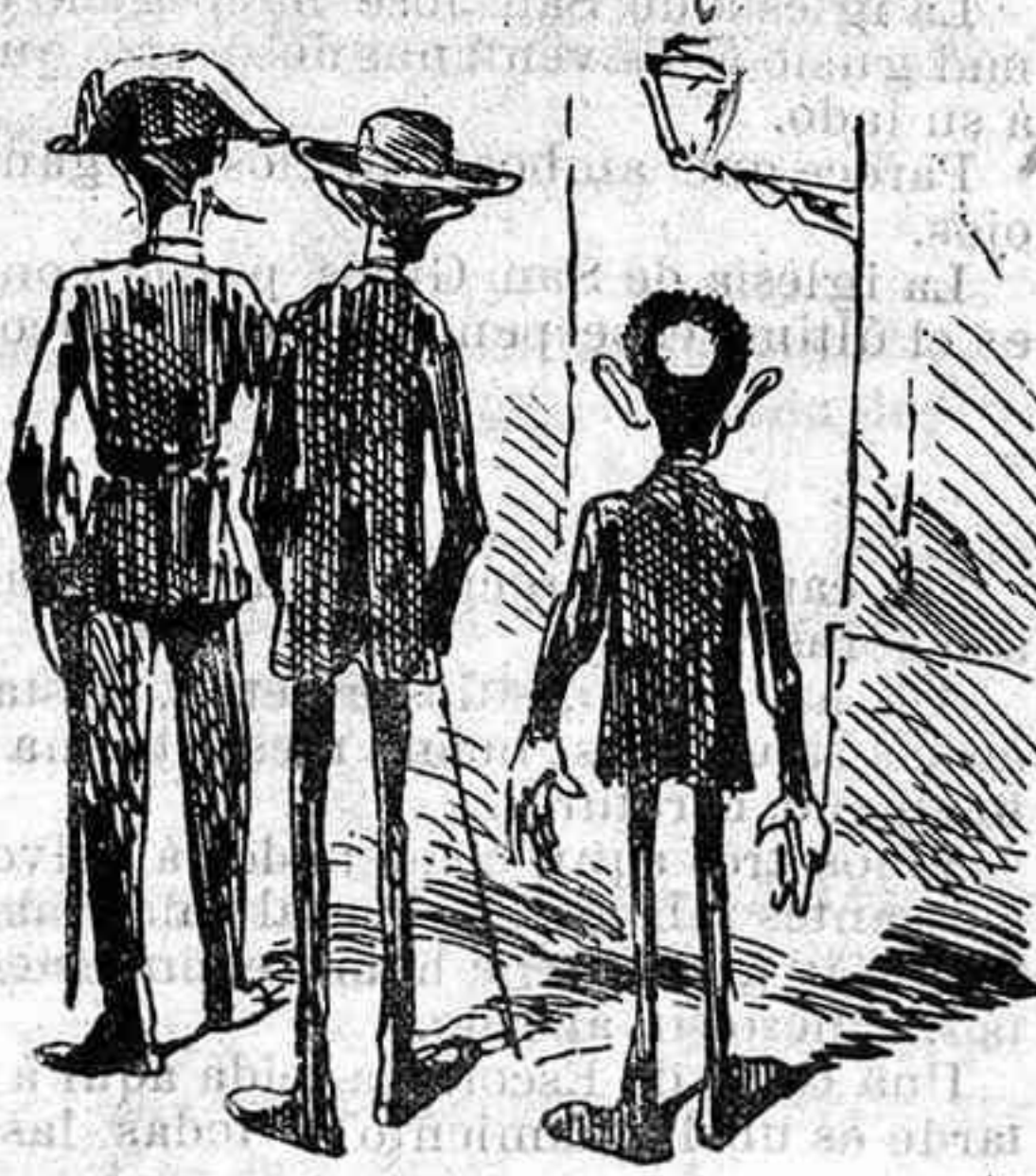
En el viaje de D. Amadeo, como era de esperar, todo fué indescriptible.



Nada se averiguó de los dos millones.



La Iberia volvió en sí.



Retratos del cura de Alcabon, de Juan Palomo y del agente que los prendió.



Pero D. Manuel, ¿y el Jurado?

1. Estos polvos, traen mallo color = 2. A ya la omos = 3. Siempre hacen sudar al pueblo = 4. ¡te luce!!
 5. A Dios, Sagasta = 6. ¡o tío y sobriño = 7. ¡Cuerno!! = 8. ¡o tío y te vieran ir! = 9. Desaparecieron!!! =
 10. ¡Blay va eso = 11. Un pic faltap. en Banco = 12. No hablen de eso pericitos =

